

No se habrá olvidado el carruaje de plaza que esperaba para un caso de necesidad.

Javert se guardó la cartera de Mario.

Un momento después el carruaje, bajando por la rampa del abrevadero, estaba en el ribazo. Mario fué colocado en el asiento del fondo, y Javert y Juan Valjean ocuparon el asiento delantero.

Una vez cerrada la portezuela, alejóse el coche rápidamente, subiendo por los muelles en dirección de la Bastilla.

Dejaron los muelles y entraron en las calles. El cochero, perfil negro en el pescante, arreaba á sus escuálidos caballos. Silencio glacial dentro del carruaje. Mario, inmóvil, con el cuerpo apoyado en una de las esquinas, la cabeza caída sobre el pecho, los brazos colgando y las piernas tías, parecía no aguardar ya más que el ataúd. Diríase que Juan Valjean estaba hecho de sombra y Javert de piedra; y en aquel tenebroso carruaje, cuya parte interior, cada vez que pasaba por delante de un farol, se teñía de una luz lívida, cual si proviniera de un relámpago intermitente, la casualidad había reunido y como situado, una frente á otra, las tres inmovilidades trágicas: el cadáver, el espectro y la estatua.

X

LA VUELTA DEL HIJO PRÓDIGO DE SU VIDA

A cada vaivén del carruaje, una gota de sangre caía de los cabellos de Mario.

Era noche cerrada cuando llegaron al número 6 de la calle de las Monjas del Calvario.

Javert fué el primero que bajó, y después de cerciorarse de que aquélla era la casa que buscaba, levantó el pesado aldabón de hierro de la puerta cochera que figuraba, según el estilo antiguo, un macho cabrío y un sátiro frente á frente, y le dejó caer con fuerza. Entreabrióse apenas la puerta y Javert la empujó. El portero apareció á medias, bostezando, entre dormido y despierto, con una vela en la mano.

Todos dormían en la casa. En el Marais se acuestan temprano, sobre todo en los días de motín. Aquel bueno y vetusto barrio, asustado por la revolución, se refugia en el sueño, así como los niños, cuando oyen que viene el Coco, se cubren la cabeza con las sábanas de la cama.

Juan Valjean y el cochero sacaron á Mario del carruaje, sosteniéndole el primero por los sobacos y el segundo por las corvas.

Mientras así le conducían, Juan Valjean introdujo

la mano bajo los vestidos rotos del joven, le tocó el pecho y se cercioró de que el corazón latía aún, y hasta de que latía con alguna menos debilidad, como si el movimiento del coche hubiera determinado en él cierta renovación de la vida.

Javert interpeló al portero con el tono propio de los dependientes del gobierno, tratándose del portero de un faccioso.

—¿Vive aquí uno que se llama Gillenormand?

—Vive. ¿Qué le queréis?

—Le traemos á su hijo.

—¡Su hijo!—dijo el portero atónito.

—Está muerto.

Juan Valjean, que venía detrás de Javert, harapos y sucio, y á quien el portero miraba con algún horror, le indicó que no con la cabeza.

El portero no pareció comprender las palabras de Javert ni la señal de Juan Valjean.

Javert continuó:

—Fué á la barricada y ahí le tenéis.

—¡A la barricada!—exclamó el portero.

—Se dejó matar. Id á despertar á su padre.

El portero no se movía.

—¡Id de una vez!

Y añadió:

—Mañana habrá aquí entierro.

Para Javert los incidentes habituales del servicio público estaban clasificados por categorías, lo cual es el principio de la previsión y de la vigilancia; y cada eventualidad tenía su especial distribución. Los hechos posibles se encontraban en cierto modo dentro de gavetas, de donde salían, llegado el caso, en cantidades variables. Clasificaba así los sucesos de la calle: ruido, motín, carnaval, entierro.

El portero se limitó á despertar á Vasco, Vasco despertó á Nicolasa y Nicolasa despertó á la señorita

Gillenormand. En cuanto al abuelo, dejósele dormir, calculando que sabría hartó pronto aquella desgracia.

Subióse á Mario al primer piso, sin que nadie se impusiese de ello en las demás partes de la casa, y se le colocó en un canapé viejo de la antecámara del señor Gillenormand. Mientras que Vasco iba á buscar un médico y Nicolasa abría los armarios de la ropa blanca, Juan Valjean sintió que Javert le tocaba en el hombro. Comprendió y bajó seguido del inspector de policía.

El portero los vió partir como los había visto llegar, con una somnolencia estúpida.

Entraron en el carruaje y el cochero ocupó su asiento.

—Inspector Javert,—dijo Juan Valjean,—concededme otra cosa.

—¿Cuál?—preguntó con dureza Javert.

—Dejad que entre un instante en mi casa. Después haréis de mí lo que os acomode.

Javert permaneció algunos segundos en silencio, con la barba hundida en el cuello de la levita; luego corrió el cristal de delante y dijo:

—Cochero, calle del Hombre-Armado, número 7.